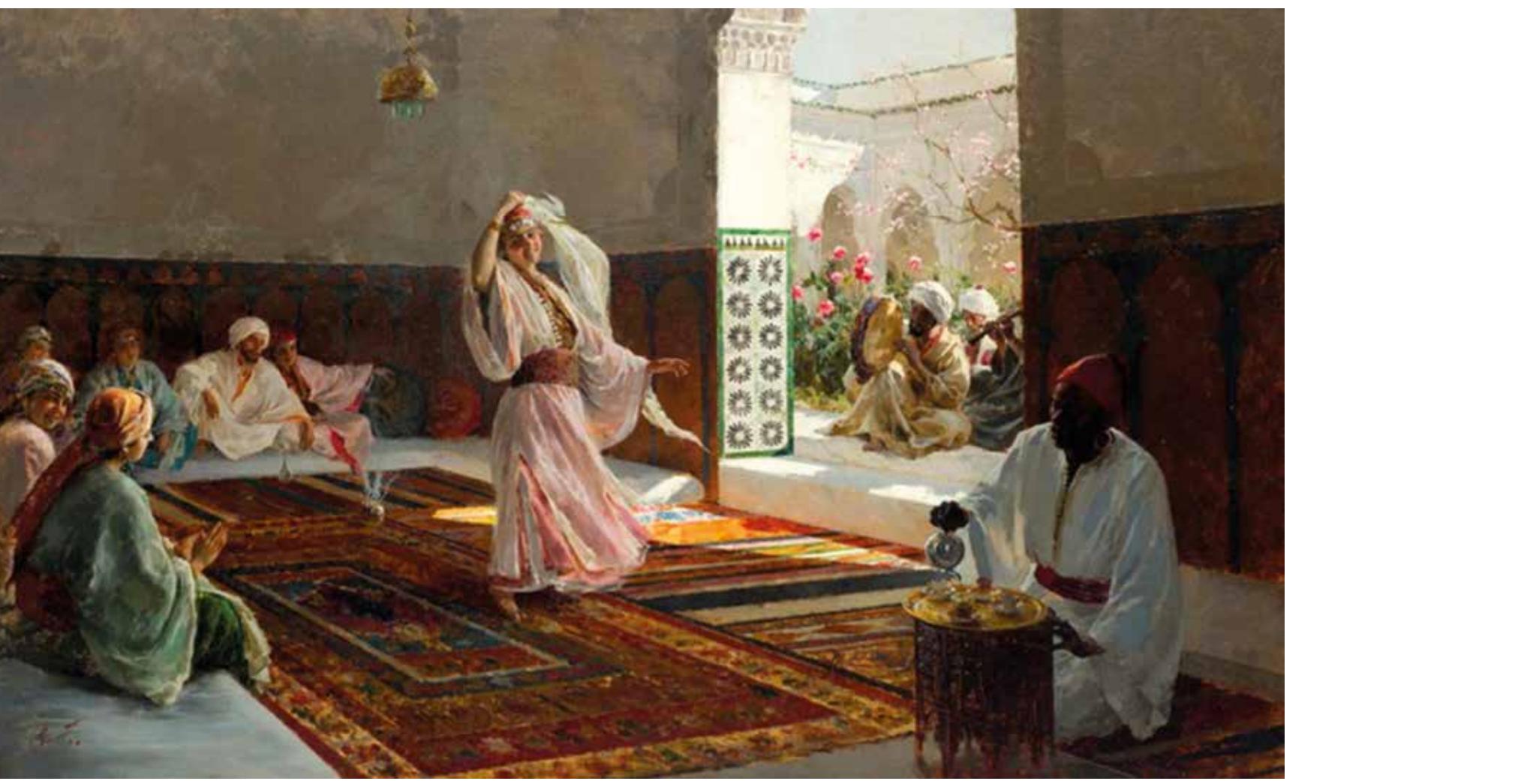


Índice

Prólogo	9
Introducción	31
<hr/>	
El Rif	33
El Puente de Dios	35
De Chefchauen al Mediterráneo	
<hr/>	
Medio Atlas	45
Agueelmam Aziza	47
Por lagos y bosques de cedros	
<hr/>	
Alto Atlas	59
Jbel Toubkal	61
Del valle de Ourika al valle de Ouissadene	
Jbel Toubkal	73
De Imlil a Tacheddirt por el lago de Ifni	
Jbel Mgoun	85
De Tirsal a Bou Taghrar por la garganta de Achabou	
Jbel Ayachi	101
De Midelt al circo de Jafar. Las gargantas del Sur	
<hr/>	
Jbel Anghomar	113
De Megdaz a Anemiter por los valles de Tessaut	
<hr/>	
Assif Melloul	123
De Imilchil a Zawita Ahançal por el cañón del Assif Melloul	
<hr/>	
Taghia	135
De Zawita Ahançal al valle de Ait Bougoumez por Taghia	
<hr/>	
Anti Atlas	145
Jbel Siroua	147
Del valle de Uamarán a las gargantas de Tislit	
Jbel Saghro	157
Por las montañas de los Aït Atá	
Jbel Bani	167
Del valle del Draa a las montañas del desierto	
Jbel Lkest	177
De las montañas rosas al río Massa	
<hr/>	
Símbolos de los mapas	185
Bibliografía	187



Danzarinas en Marrakech.
Óleo de Enrique Simonet y Lombardo

PRÓLOGO

Tras muchos años compartiendo con mi amigo Víctor Luengo la exploración de los macizos montañosos de Marruecos, es un placer escribir estas líneas en su libro.

Comencé a descubrir las montañas de Marruecos en 1991, con 23 años. Ya había visitado los Himalayas de Nepal y la India y atravesado el desierto del Sahara hasta Mali.

Las regiones montañosas del Atlas y el Rif se encontraban en un estado de conservación sorprendente donde, desde épocas ancestrales, innumerables valles no habían variado sus formas de vida formando parte del paisaje con toda naturalidad.

Acceder a las bases de las montañas era en sí mismo una expedición, esas míticas rutas en camión bereber entre fardos y animales de granja, era el único transporte público que recorría las espeluznantes pistas del Atlas.

Hoy Marruecos es una potencia de la industria del *trekking*, pero a comienzos de los años noventa, aparte del Toubkal, las montañas de Marruecos eran conocidas poco más que por los franceses.

Este universo por explorar, tan cerca y accesible desde mi ciudad, reunía todo lo que un joven montañero y viajero podía desear. Enormes montañas con cumbres de más de 4.000 metros de altitud habitadas por sociedades rurales, con una identidad cultural única en el continente africano, de gentes amables, hospitalarias y espiritualidad aferrada a la naturaleza, esa visión del Islam tan ligada al jardín, al agua y la flora



Un té en el camino con un nómada Aït Atá.

como elementos propios del paraíso. Un mundo de armonía en el que me sentía un verdadero Livingstone.

En los últimos 20 años he organizado y guiado cientos de rutas a los destinos de trekking de Marruecos. Unos más conocidos como el Toubkal, el Mgoun, las dunas de Merzouga, el Jbel Saghro, el volcán Siroua y otros más inéditos como el Asif Melloul, el circo de Taghia, el Jbel Ayachi, el plató de Kousser, el Jbel Lkest, Jbel Aulime, el plató de Yagour, Medio Atlas e incluso en su momento las montañas del Rif. He rea-

lizado varias expediciones personales de hasta dos meses de duración en las que he recorrido muchos valles y ascendido numerosas cumbres de estas montañas. En el Atlas Central los valles que están encajados entre extensos cordales de casi 4.000 metros los recorríamos trotando a lomos de mula para cubrir largas distancias y descubrir un valle detrás de otro a cada cual más bello. Las noches en los *azibs*, remotas majadas de los pastores hechas en covachas de piedra, me han aportado experiencias de ambiente verdaderamente arcano, de otro tiempo, donde el crepitar del fuego, las voces de los pastores hablando tamazig y el rotundo firmamento estrellado me han aportado momentos contemplativos de gran felicidad, muy lejos de la locura moderna.

Con mi dominio elemental del francés y un amplio vocabulario entre bereber y dariya me entendía a las mil maravillas con los montañeses y me divertían mucho las conversaciones sobre las distintas tribus amazig, las rutas, horarios y dificultades, los caminos, las costumbres populares y las anécdotas.

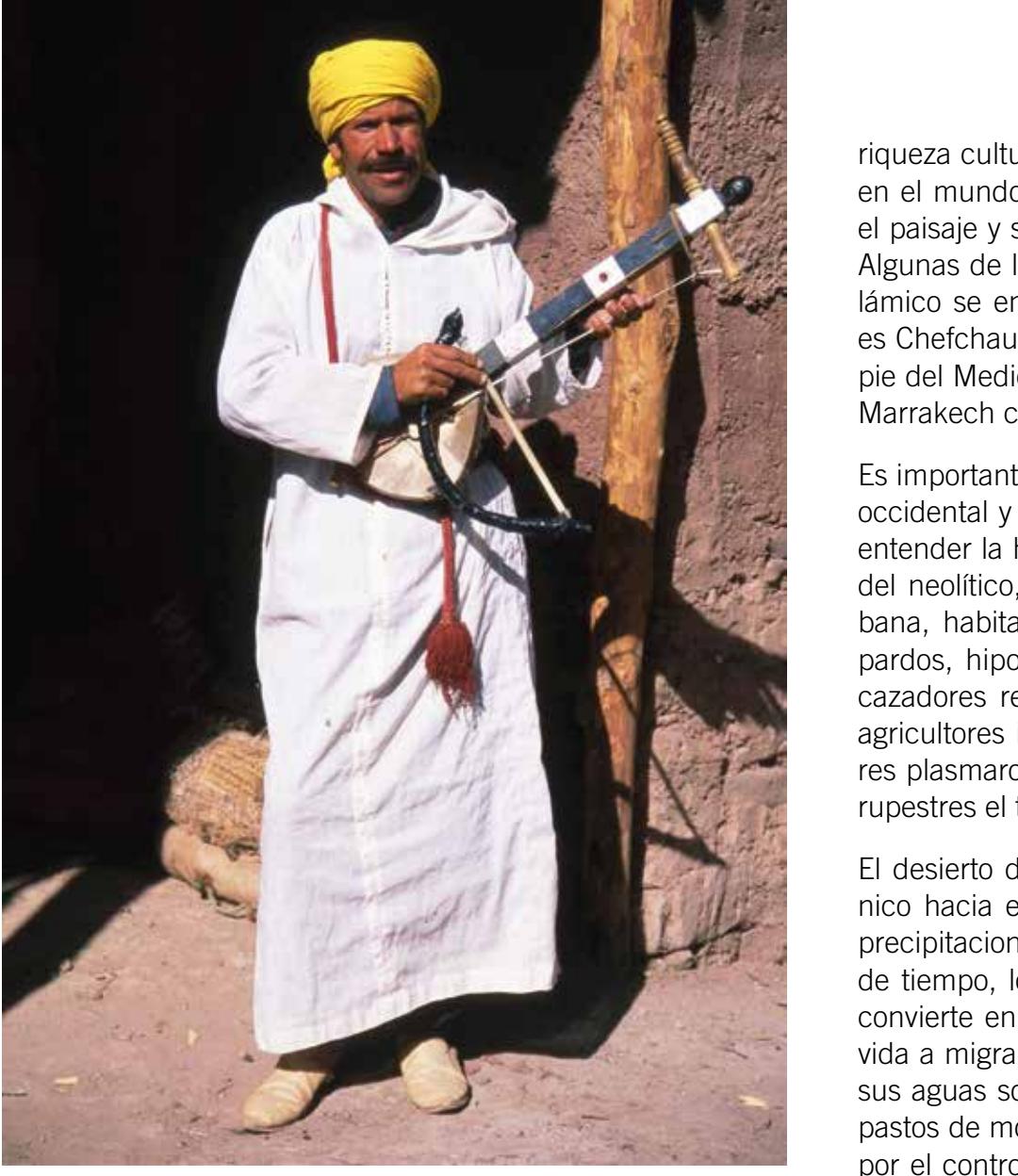
Aprendí cosas poco conocidas en mi país que he intentado trasmittir a los participantes en mis rutas. Cosas elementales como que las distintas lenguas bereberes habladas en Marruecos, así como el origen étnico de los pueblos bereberes son puramente africanos y tan diferentes del árabe como pueda serlo el castellano del euskera, siendo la lengua materna de gran parte de los pobladores de las zonas montañosas.

Descubrí que Marruecos no es todo desierto ni llano, sino un país de geografía intrincada, montañosa y muy variada. Que la



Fumando shisha en la tetería.

Óleo de Enrique Simonet y Lombardo

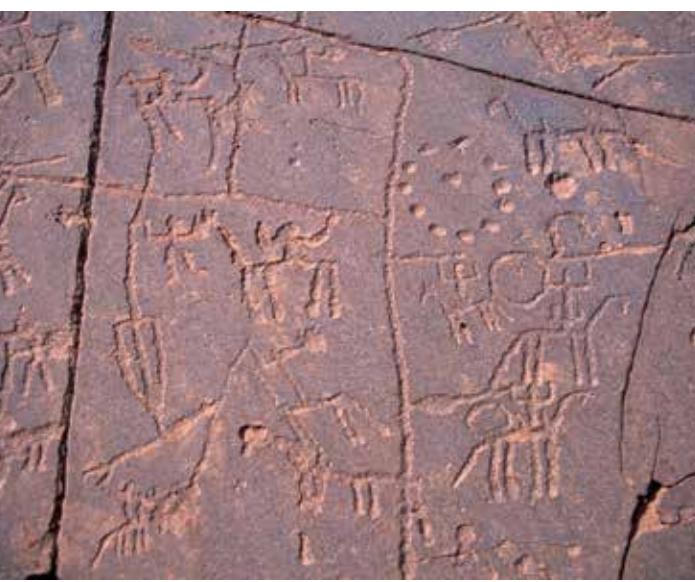


Trovador ambulante del Atlas.

riqueza cultural en torno a la cultura de las *kasbahs* es única en el mundo por su belleza, su armonía con la naturaleza y el paisaje y su historia ligada a las caravanas del oro y la sal. Algunas de las medinas más hermosas de todo el mundo islámico se encuentran en las montañas de Marruecos como es Chefchauen, Tetuán, Moulay Idriss o Fez que descansa al pie del Medio Atlas; y qué decir de la inseparable relación de Marrakech con el Atlas.

Es importante tener en cuenta la situación climática en África occidental y del Norte unos 6000 años antes de Cristo, para entender la historia de las montañas de Marruecos. A finales del neolítico, el actual desierto del Sahara era una gran sabana, habitada por elefantes, jirafas, antílopes, leones, leopardos, hipopótamos, y una población primitiva de pueblos cazadores recolectores, sociedades de pastores nómadas y agricultores itinerantes de raza blanca. Los antiguos bereberes plasmaron a través de hermosísimas pinturas y grabados rupestres el testimonio de ese hábitat espléndido.

El desierto del Sahara se origina por el desplazamiento crónico hacia el norte de las borrascas atlánticas, dejando sin precipitaciones a estas regiones. En un periodo muy breve de tiempo, lo que durante miles de años era tierra fértil, se convierte en un crudo desierto. Esto obliga a toda forma de vida a migrar hacia el Norte buscando las lluvias que vierten sus aguas sobre las montañas del Atlas, la presión sobre los pastos de montaña aumenta originando las guerras neolíticas por el control sobre los pastos del Atlas y el Anti Atlas como podemos observar en la gran batalla del collado de Tizi n'Tir-



Grabado rupestre en el collado de Tizi n'Tirguist.

guist, importante conjunto de grabados rupestres que representan guerreros y caballeros armados con escudos y lanzas luchando por este importante enclave pastoril.

Estas guerras definen los territorios tribales de Marruecos. Aït, en bereber “Hijos de” se ve siempre delante del nombre de las tribus, algunas muy famosas como los Aït Atá, que habitan extensas regiones del sur del Atlas y del Jbel Saghro, en el Anti Atlas: los Aït Mgoun, al pie del monte Mgoun; los Aït Guayagar en el Rif, cerca de Nador y muchas más que habitan las regiones de montaña. Faraones del antiguo Egipto, como el rey

Escorpión o Ramsés III, nombran a estas tribus en sus jeroglíficos e incluso lanzan algunas campañas militares para conquistar el oeste africano del Mediterráneo, con el objetivo de defenderse de estos pueblos. Un viejo texto egipcio describe a los bereberes como un pueblo de fieros guerreros, vestidos de abigarrados colores y con peculiares peinados trenzados sobre sus cabezas. Se sabe que estos pueblos cumplían culto al sol, influencia claramente egipcia, en la que las fechas de solsticio y equinoccio tenían una especial relevancia, así como aspectos muy extendidos en las religiones animistas, como son el matriarcado y la creencia en espíritus que habitaban en ciertos enclaves naturales.



El maestro halconero en Marrakech.

Óleo de Enrique Simonet y Lombardo



Atardecer en Tánger.

Óleo de Enrique Simonet y Lombardo

Desde el siglo VIII a. C., los emprendedores fenicios, en su afán por circunnavegar África fundan los puertos de Tingis (Tánger), Lixus (Larache) y Mogador (Essaouira) y comercian con las tribus del interior con especias, metales, sal y animales salvajes. Los fenicios introducen nuevas técnicas de agricultura, comercio, salazón y metalurgia, además de nuevos sistemas políticos y administrativos. Nace el comercio exterior y una apertura hacia las civilizaciones del Mediterráneo. Estos puertos comerciales van cambiando de dominadores, según cambia el poder en el Mediterráneo: cartagineses, griegos y romanos.

Los griegos durante mucho tiempo llamaron a la región montañosa del noroeste la “Libia de la Fieras”. Término terrible para una región inexplorada, de gran dificultad de acceso por su agreste relieve y por la complejidad de territorios tribales cuyas enemistades complicaban posibles incursiones.

Los romanos consiguieron fundar una ciudad única en la historia de África, Volubilis, al pie del Medio Atlas. Una ciudad romana alejada de la costa más de cien kilómetros. Su economía se basaba en el aceite de oliva, que los mismos romanos introducen en el país, y en la captación de fieras para los juegos en los circos del imperio.

Las tribus más romanizadas abrazan la religión cristiana mientras que las tribus de la montaña conservan sus creencias tradicionales. Florece la comunidad judía en los centros urbanos asociada a la actividad del comercio. En el declive del imperio romano, la influencia sobre la provincia de Mauritania Tingi-



Con una joven de los Aït Mgoun.

tana recae sobre Bizancio y los vándalos, creándose así una etapa de inestabilidad hasta la invasión árabe en el año 703.

La arabización del noroeste africano se da en tres fases bien definidas. La primera por la rápida expansión del imperio árabe los primeros años del siglo VIII a la que sigue una colonización de las zonas más fértiles y productivas del país, la población se convierte al Islam y comienzan a utilizar el árabe como lengua de uso común. Nace el dariya, el árabe dialectal marroquí. La segunda fase se produce con la entrada de